

EXPOSICIÓN DE LAS VISIONES DE LOS SANTOS MÁRTIRES MARIANO Y JACOBO. (30 de abril.) La vida de estos santos, escrita por un autor que fue testigo ocular, fue publicada e ilustrada con anotaciones por Henschenius en los Acta Sanctorum el día 30 de abril. Sus sagrados cuerpos se conservan en la iglesia de Eugubina, que lleva su nombre; y se dice que su martirio ocurrió alrededor del año 259 d.C.

Ahora bien, para tratar brevemente sobre estas visiones de estos santos, ¿quién es el juez que el bienaventurado Mariano vio en el tribunal, sino aquel que, presidiendo en el cielo, habiendo recibido el juicio del Padre, juzga a vivos y muertos? Como está escrito: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo" (Juan V). Quien parecía de rostro honesto y decoroso; porque de él se dice: "Hermoso de forma más que los hijos de los hombres" (Salmo XLIV). Este, por tanto, ordenaba a los confesores subir a los tormentos, porque por más que la demencia furibunda de los perseguidores se ensañe, por más que el devoto ánimo de los fieles arda por sufrir por Cristo, a la altura del martirio no aspira, a menos que él lo eleve con su juicio oculto. Había muchos escalones para ascender a la cima de la Catasta, porque se asciende a la suma de la perfección por muchos grados de virtudes: y así finalmente se llega a la altura del martirio por la gracia divina.

Pero el hecho de que el mártir Cipriano elevara al B. Mariano a un lugar más alto de la Catasta, debemos entenderlo como que el Señor lo sublimó entre los mártires con una dignidad especial de martirio. Pero, ¿qué significa que, por orden del Señor, el bienaventurado mártir subió al lugar de la pasión, pero entonces no recibió el martirio de la pasión, sino que cualquier hombre perfecto, que ya se ha erigido en la cima de las virtudes, porque ya ha fijado con todos sus esfuerzos la intención de morir por Cristo: sin embargo, se difiere para que su deseo crezca más cada día? De donde en esta visión se dice correctamente: "El juez se levantó y fue a su pretorio, a quien nosotros también seguimos". Ir del lugar del tormento al pretorio del juez con los mártires siguiéndolo es, en cierto modo, suspender a los elegidos del Señor del efecto del martirio, y elevar sus mentes por la contemplación al gozo supremo. Y es de notar que dijo que seguía con otro mártir; pero afirma que el juez no iba con ellos, sino que los precedía; porque, evidentemente, cualquiera que se dirija al descanso de la mansión celestial, cualquiera que se apresure con piadosa conversión a la compañía de los bienaventurados, puede seguir los caminos de los santos, con Dios precediéndonos; pero no podemos en modo alguno seguir plenamente las huellas de Cristo. Porque aquellos que confiesan verdaderamente dicen: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (I Juan I). Cristo, sin embargo, dice: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada" (Juan XIV). Bien también quien tiene al mártir como compañero en el camino, tiene al juez como guía, porque él es el Profeta a quien el Profeta dice: "Por tu nombre serás mi guía y me nutrirás" (Salmo XXX).

Pero lo que dice: "Nuestro camino era por un prado"; ¿qué se designa por el prado, que se llama campo, sino este mundo? Por tanto, se dice correctamente que no permaneció en el prado, sino que tuvo un camino por el prado, quien seguía al Señor, porque ciertamente cualquiera que pertenece a esa deseable ciudad de Jerusalén celestial, en este mundo no tiene habitación, sino camino. Pero, ¿qué significa que se dice que tuvo un camino por el prado, y no vio heno, sino árboles altos y ordenadamente dispuestos allí? ¿Qué, finalmente, se designa por estos árboles, sino hombres santos y justos, que evidentemente desprecian las cosas bajas por la sublimidad de su mente, y arraigados en la caridad fraterna, no confunden su orden?

Finalmente, ¿qué significa beber la copa del agua de la fuente, sino gustar el cáliz de la pasión? De donde David dice: "Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor" (Salmo CXV). Y es de notar cuán bellamente la visión concuerda con el Profeta.

Aquel ciertamente tomó el cáliz e invocó el nombre del Señor; este mártir bebió la copa y dio gracias a Dios. La fuente de la que llenó la copa emanaba aguas claras, y por el Salmista se dice: "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Ibid.).

Aquí se puede preguntar qué significa que este Juez precedió a los bienaventurados mártires durante todo el camino hasta la fuente, y pronto desapareció de su visión: ¿se debe creer que el Señor, que lleva a sus elegidos a la corona del martirio por su gracia oculta, los abandona inmediatamente en medio de las angustias de las tribulaciones? Pero es de notar que el Señor de algún modo abandona a los santos cuando permite que sean azotados por los inicuos. De donde nuestro Redentor en la cruz clamaba al Padre: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mateo XXVII; Marcos XV). Por tanto, todos estos misterios ocultos, que el Dios omnipotente concede diariamente a sus elegidos por disposición oculta, los mostró principalmente a este en una visión abierta, para que lo que se hace ocultamente en los demás, aquí también mereciera verlo.

Ahora bien, ¿a quién vio Jacobo como joven, sino a aquel mismo que Mariano vio como juez? Quien apareció como joven porque el Mediador entre Dios y los hombres, habiendo vivido entre los hombres, llegó a la juventud, y no declinó en la vejez. Era de estatura alta, porque se regocijó como un gigante para correr el camino (Salmo XVIII). Su cabeza se elevaba sobre las nubes, porque por la majestad, y desde el cielo más alto es su salida, y su curso hasta su fin (Ibid.). Y porque, como dice Pablo: "La cabeza de Cristo es Dios" (I Cor. XI), Cristo es la cabeza de su cuerpo que es la Iglesia. Y su cabeza se elevaba sobre las nubes, porque por la majestad de la divinidad, con la que es siempre uno con el Padre, reina igualmente en el cielo con la sustancia de la humanidad asumida. Pero aunque la cabeza se eleva sobre las nubes, el cuerpo se ve en la tierra; porque todos los santos, que son el cuerpo del Redentor, mientras llevan esta carne, habitan en la tierra por la condición de la mortalidad, aunque por la libertad del espíritu ya se prueban habitando en el cielo, diciendo con Pablo: "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III). De donde correctamente se dice que su cuerpo se ve en la tierra, pero no se dice que toque la tierra, porque los hombres santos parecen conversar en la tierra, pero no se implican en los actos terrenales por deseo, y mientras se elevan con todos sus esfuerzos a las alturas, suspenden los pies de sus mentes de la tierra.

Bien se dice que estaba vestido con vestiduras resplandecientes, porque de él se dice por el Profeta: "Vestido de luz como de vestidura" (Salmo CIII). Por las vestiduras resplandecientes con las que se viste, sin duda se designa la santa Iglesia; que evidentemente es una vestidura espléndida por la pureza de la santa operación, y extendida al Señor por la esperanza de la futura bienaventuranza; de la cual dice el Apóstol: "Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga" (Efes. V). Y se recuerda que estaba vestido con vestiduras resplandecientes; porque de sus elegidos se dice por el Señor: "Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre" (Mateo XIII).

Tampoco carece de misterio que estas vestiduras se refieran como distinguidas por diversos colores. Porque los hombres santos, mientras abundan en muchas virtudes, se distinguen como por la variedad de colores. De ahí que se diga por el Salmista: "La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad" (Salmo XLIV). Este joven, por tanto, no fue visto de pie, sino pasando ante los ojos de los mártires, porque el Señor ya disponía llevarlos de este mundo y conducirlos a la contemplación de su majestad; como él mismo dice en el Evangelio: "Y pasando, les servía" (Lucas XII). ¿Qué significa que les arroja a los mártires cinturones púrpuras en su regazo, sino que les da a conocer que serán rodeados por todas partes por las angustias de las pasiones? Este cinturón de la pasión se tiñe de púrpura cuando

se derrama sangre. Por el hecho de que los arrojó en su regazo, mostró con cuánta certeza los fortalecía sobre su pasión. No creemos tener nada más seguro que lo que tenemos en nuestro regazo. De donde el bienaventurado Job dice sobre la esperanza de la resurrección: "Esta esperanza está guardada en mi regazo" (Job XIX).

Tampoco carece de misterio que el joven lleve un collar rosado en su cuello y una palma muy verde en su mano. Por el collar, que se lleva alrededor del cuello, se designa no incongruentemente la bienaventuranza de la vida eterna, que cuando alguien la recibe, lo rodea por todas partes con un gozo inefable. Así como en un collar no se encuentra ni principio ni fin, así la vida eterna no se inicia con un principio ni se concluye con un fin. Este collar parecía rosado, porque este joven, que había recibido el collar de la vida eterna, iba a ser coronado con el martirio por la sangre derramada. En su mano llevaba una palma muy verde, porque, como se dice por el Salmista, "El justo florecerá como la palma" (Salmo XCI). Y Juan dice: "En presencia del Cordero están vestidos con túnicas blancas, y palmas en sus manos" (Apoc. VII). Y adecuadamente no dice: "Almorzaréis", sino que dice: "Mañana cenaréis con nosotros"; porque el mismo Señor llama al gozo celestial no almuerzo, sino cena (Lucas XII; Juan XIII); porque así como después de la cena no queda ya ningún banquete, así después de ese banquete de felicidad eterna no se puede encontrar nada más que suceda. ¿Qué entendemos por los jóvenes sentados en caballos blancos, sino los santos ángeles preparados para recibir las almas de los bienaventurados mártires? Pues el bienaventurado Juan confiesa haber visto ángeles sentados en caballos blancos (Apoc. XIX). El caballo es un animal apto para la guerra. Aquellos que regresan victoriosos de las guerras se llevan en triunfo a los capitolios en carros tirados por caballos blancos. En los caballos se insinúa la fortaleza de los combatientes, y en el blanco la gloria de los triunfantes. Bien, por tanto, se vieron ángeles en caballos blancos, porque iban a llevar a aquellos que luchaban en la batalla de Cristo a la ciudadela celestial después de la victoria con el triunfo de la gloria. Gracias a Dios.